

LECCIÓN XXXIX.

Gesto ó lenguaje de acción.

558. Para que la expresión del hombre sea digna, majestuosa, agradable y variada, y afecte más la humana naturaleza, el Criador le ha dotado de todos aquellos instrumentos y requisitos necesarios, con los cuales pueda sensibilizar y poner á la vista de todos, sus pensamientos y afecciones; acompañando los signos exteriores de la acción á los grados de calor y actividad que su espíritu y su corazón experimentan.

559. Si el órgano de la voz es este maravilloso y principal instrumento, como lo afirma el orador romano: *Ad actionis usum atque laudem, maximam sine dubio partem vox obtinet*, no es menos cierto que la acción es su verdadero complemento, y en cierto modo es el eco de la misma voz, que sabe reproducir con gestos lo que ésta ha pronunciado. Y hay quienes son tan hábiles en ello, ya por facilidad natural, ya por necesidad, como los mudos, que causan admiración al ver cómo se dan á entender con el solo auxilio de los gestos, sin que para nada necesiten la lengua en aquella animada acción tan propia y expresiva. Y es que los gestos siguen la voz, y cuando ésta falta quedan los gestos, que expresan cuanto sentimos, y se dan á comprender en todos los idiomas y países. Todo el mundo comprende los movimientos de ira, de furor, de amor, de compasión, de agrado ó de reprobación. Basta á veces un movimiento de manos, un simple saludo, una mirada para conmovernos, para comprender los sentimientos de otro; y por esto aunque no entendamos un idioma, fácilmente un signo, un gesto, una expresión, establece entre nosotros cierto lenguaje muy vivo. Vemos los mudos qué hábiles son para manifestar por señales sus ideas y sentimientos.

560. Muchas veces el gesto nos hiere, nos impresiona más que la misma palabra. Una acción de manos, una expresiva mirada, un silencio significativo, un rostro demudado, una expresión de dolor, un exterior compungido, una posición digna, un continente majestuoso, un aire desdenoso, un movimiento compasivo, una sonrisa burlona, una señal de amenaza, un arranque de cólera, un gesto de horror, algunas lágrimas que desbordan por los ojos causan más sensación que la misma voz. San Agustín declara aquel angustioso trance en que luchaba su corazón para convertirse: «Mi frente, las mejillas, el color, los ojos, las inflexiones de la voz, expresaban con más energía que mis palabras la lucha interior que desgarraba mi alma: *Plusque loquebantur... quam verba que premebant*.

561. Tal ha de ser la acción oratoria en el predicador: que todos comprendan por su exterior significativo cuánto pasa en el interior de su alma, los afectos que embargan su corazón, y los fenómenos que sin cesar se reproducen en el fondo de su sér; mas siempre con santa moderación, siempre evitando todo movimiento teatral. Entre el teatro y la cátedra sagrada hay una bien marcada diferencia de acción y de género. «Nada, pues, hay de más mal gusto, dice Mauri, y más contrario al tono del púlpito que una manera teatral. Al instante llega uno á advertirlo cuando se posee el sentimiento y hábito del santo ministerio; y jamás esto resulta en ventaja del declamador que se rebaja á estas indecentes imitaciones.» El orador no representa un personaje ficticio, como un actor que se coloca en el lugar de otro.

562. Bien difícil es dar reglas sobre el lenguaje de acción, pues más pertenece á la práctica de un experimentado profesor que vigile y corrija los defectos de sus discípulos; y además tenemos bien presente lo que dice el abate Bautain sobre el particular: «Los mejores guías en tales cosas son la naturaleza y la inspiración del momento, y el ejemplo la más provechosa enseñanza. Quien tenga disposición para la elocuencia, aprenderá á hablar con sólo oír hablar bien. Los oradores son sobre todo los que forman á los oradores.» Sin embargo, es muy conveniente establecer algunas reglas que, sin quitar en nada la espontaneidad de la

naturaleza, y sin ajustar á estrecho molde los movimientos del espíritu, tiendan únicamente á hacer más natural y brillante la acción, librándola de tantos excesos y abusos que siempre son reprochables en la cátedra sagrada.

I.—REGLAS PARA LA BUENA ACCIÓN.

563. Regla 1.^a *La acción ha de ser natural.* La naturaleza tiene tales encantos y un sello tan notable de originalidad propia, que no es fácil le alcance jamás el arte más aventajado. Éste jamás puede dar á la acción ó movimientos del orador aquel valor ó espontaneidad que le da una pasión real que le domina por completo. Absorto de una idea, arrobado de un éxtasis maravilloso que le empuja y le arrastra á lo sublime, mueve las manos, brillan sus ojos, se anima su semblante, todo su exterior acciona vivamente con gracia, sin pensarlo, sin darse cuenta de ello; y por esto mismo que hace todo esto sin reflexionarlo, le es tan natural y á los demás tan agradable, porque nada tiene de estudiado, nada de pretensioso ni fingido. Repetimos que el arte, por más perfeccionado que se le suponga, jamás podrá llegar á esta verdad de expresión que tanto nos agrada.

564. En los auditorios domina una buena dosis de sentido natural, buen gusto y discernimiento: la verdad, sin sabernos dar demasiada razón de ello, tiene, por cierta afinidad oculta, tal simpatía en nuestros corazones, que la ficción jamás nos agrada por más que vaya revestida de bellas formas, y basta sólo el presentirla, que ya un instinto repulsivo la rechaza, causándonos gran displicencia. Vean los predicadores con qué cuidado hemos de ir en no simular afectos que no sentimos, en no emplear tonos altaneros ó ridículamente sentimentales, ó en pretender en el púlpito parecer lo que no somos, pues todo esto es en perjuicio del fruto de la predicación y de la elevada dignidad de nuestro santo ministerio. «Nada hay tan hermoso como la naturaleza,» ha dicho un escritor contemporáneo.

565. Sin embargo, en ninguna manera se excluye el arte, como fácilmente deja comprenderse, pues enmienda y

corrige los defectos de la naturaleza; y todos los preceptistas convienen en que con arte y diligencia el orador puede perfeccionar su viciosa pronunciación, extirpar los defectos y malos hábitos, y adquirirla buena, de tal manera que llegue día en que pueda accionar debidamente en el púlpito. Toda esta regla se reduce á que mientras procuramos con el arte corregir los defectos, tengamos presente la máxima de San Ambrosio: *Motum natura informet.*

566. Regla 2.^a *La acción ha de ser edificante.* Siempre se ha considerado que el ejemplo, el porte exterior tiene una fuerza incomparable. Si ven que el predicador apoya la verdad que predica en un exterior santo, modesto y grave, indicio de su santidad interior, los pueblos no pueden menos de conmoverse, prepararse para las impresiones de la gracia, y respetar con veneración al enviado de Dios. Nuestro Padre San Francisco convertía con sólo dejarse ver á los pueblos; tal era la fama de su santidad. Muchos santos predicadores con sólo dejarse ver en el púlpito ya conmovían y convertían las almas, pues la modestia de sus ojos, aquel aire recogido, aquel exterior mortificado, aquel fervor evangélico, aquella caridad con el prójimo, aquella santidad de vida, todo predisponía en su favor, cautivaba los corazones. Cuando Massillón aparecía en el púlpito, su aire recogido y penetrado, harto daba á entender la grandeza é importancia de las verdades que á anunciar iba al auditorio. De él ha dicho el P. Jannart: «No había aún abierto sus labios, y ya el oyente estaba sorprendido; comenzaba al fin, y parecía no poder contener dentro de sí las verdades de que estaba lleno. Hubiérase dicho que un fuego interior le devoraba, y que era una necesidad para su alma manifestarlo exteriormente. Todo en él hablaba entonces, todo persuadía, todo llevaba al auditorio la convicción y el sentimiento. Decía las cosas con fuerza y energía, porque las sentía del mismo modo, haciendo consistir todo el mérito de la acción en aparecer plenamente persuadido de las verdades de que quería convencer á los demás.»

567. Regla 3.^a *Debe evitarse todo aspecto amanerado.* Los autores notan sobre el particular varios defectos. Pretender llevar el sobrepelliz con estudiado esmero; tomar el

pañuelo con ciertas pretensiones ridículas, como los mundanos; pasear la mirada orgullosa sobre el auditorio; toser afectadamente; tomar un tono autoritario; exhibir modales elegantes y pedantescos, y tantas otras ridiculeces que en nada son conformes á la santidad del ministerio. La modestia, la humildad y la caridad atraen siempre las almas al pie de la cátedra sagrada.

568. Regla 4.^a Los gestos han de ser ordenados. «Deben evitarse, dice el Sr. Bravo y Tudela, los desordenados gestos de ciertos predicadores que gritan, se alteran, se atormentan y aparentan siempre un aire inoportuno de indignación. El espíritu de Dios es majestuoso y tranquilo; se revela por la dulzura de la recitación, acompañada de una noble sencillez, y esta dulzura edifica tanto como agrada, va al fondo de los corazones, y triunfa de los obstáculos que encuentra. Por el contrario, la acción inmoderada perjudica según su exceso, y rompe esa majestuosa calma que sienta tan bien delante de los altares.»

569. Regla 5.^a *La acción debe acomodarse al predicador.* Con mucho gusto transcribimos esta importante regla del citado Sr. Bravo: «Una misma acción, dice, no conviene á todos los predicadores. Los jóvenes deben adoptar una acción más humilde y más modesta que los ancianos, una acción casi tímida; los inferiores no deben imitar ni á los prelados, ni á los ancianos venerables, ni á los predicadores célebres, á quienes es permitido derramar sobre su exterior un poco de ese aire de autoridad que conviene á su rango, á su edad y á su reputación. Edificarían mal los jóvenes adoptando un acento de imperio que dice mal con su inexperiencia y falta de representación.»

570. Regla 6.^a *La acción debe acomodarse al asunto.* Requiriendo cada género de discurso su género de estilo, es muy natural que pida una acción oratoria que le cuadre perfectamente, según las materias y los estilos con que se tratan. Y por tanto hay que atender, si se trata de *sermones morales, panegíricos, pláticas* ú *oraciones fúnebres*; ó bien en cuanto á la materia del discurso, si son las *postimerias*, ó sobre los *vicios*, ó corrupción de costumbres lo que predica, tomará el aire y la voz de un profeta; ó bien

se llenará de dolor, de tristeza y compasión si se trata de la *Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo*. Entonces todos los asuntos que se tratan son en gran manera realzados por la acción propia que les acompaña.

571. Regla 7.^a *La acción debe acomodarse á los oyentes.* «Delante de los grandes, dice Hamón, citado por el señor Bravo, es menester hablar con dignidad; delante del pueblo con autoridad: en el campo se puede permitir al predicador, aunque hasta ciertos límites, el aparecer vehementemente y terrible en su acción, gritar y alterarse, porque el pueblo se persuade más con una voz poderosa y con ademanes impetuosos que con la fuerza del razonamiento ó con la belleza de la dicción: en las ciudades es menester mayor reserva, moderación y modestia; es preciso hablar y no gritar, es necesaria una acción noble y culta, una voz dulce y grata, un gesto grave, impulsos moderados y un exterior siempre respetuoso, en términos que el aire de autoridad del ministro esté templado con el aire modesto del hombre.» Los predicadores muy ejercitados en el púlpito saben perfectamente cuán práctica es esta regla y la necesidad que hay de observarla. Una vez un buen hombre del campo decía á un misionero: «Padre, gritará fuerte en el sermón, para que le salga bien.» Mientras que en las ciudades los predicadores que no usan de circunspección en los modos de expresarse no son tan bien recibidos. Hagámonos todo para todos, como el Apóstol, para ganarlos á Jesucristo: *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos.* (I. Cor. IX).

572. Estas son las principales cualidades que ha de tener la acción oratoria. Observándolas exactamente, la predicación tiene sus encantos, y los oyentes, pendientes del labio del orador, pasan el tiempo sin advertirlo. Hoy si un sermón pasa de media hora ya se hace fastidioso; se escribe en tratados de oratoria que no conviene pasar de este tiempo, y muchos determinan un tiempo excesivamente corto para explanar las ideas sobre el dogma y la moral que tanto interesan á la humanidad, hoy envuelta en ese torbellino vertiginoso de ideas anticristianas; y con razón indican la necesidad de ser breve la predicación, pues todo va á marcha precipitada, al vapor, y por lo demás, tan estra-

gado está el gusto de muchos cristianos; pero ¿no podría darse la razón de ello en la mayor parte de los casos, atribuyéndolo á la mala pronunciación del discurso y á la acción pésima que le acompaña? Pues ¿no se ha visto muchas veces pasar la hora el predicador en el púlpito, y el auditorio sin pestañear, sin escupir, sin hacer el menor ruido, fijos sus ojos en él, pendiente de sus labios, siguiendo hasta sus menores movimientos, pasar también el tiempo sin advertirlo, empapándose de aquel maná celestial de doctrina divina, que descendía sobre sus almas? Predicadores de la divina palabra: en nosotros consiste en gran parte que los pueblos la oigan con gusto: esmerémonos en nuestro elevado oficio; apliquémonos á observar exactamente las reglas de una buena acción oratoria, y, lo aseguramos, no pasará mucho tiempo sin que recojamos el copioso fruto: *Ad majorem Dei gloriam.*

II.— SOBRE LOS MOVIMIENTOS DEL CUERPO.

573. Respecto á los movimientos del cuerpo, que forman el gesto para la expresión, basta decir que la *cabeza, brazos y manos* son sus principales instrumentos.

574. El CUERPO debe estar derecho; descansando á plomo sobre sus piés: *Status, erectus et celsus*, dice Cicerón; evitando toda posición orgullosa.

575. La CABEZA debe estar recta, ó moderadamente inclinada, según los diversos sentimientos que agitan al orador. Téngase presente que en la cabeza es en donde se ostenta la majestad del hombre, reflejo de la majestad del Omnipotente que le crió. Por tanto es de suma importancia tenerla de un modo digno y conveniente, según las circunstancias.

576. El movimiento de los *ojos* es incomparablemente expresivo. Una sola mirada ¡qué poder ejerce! ¡qué influencia sobre cuantos se dirige! Aterra, inflama, entenece, domina. Ella confirma todo cuanto decimos, según San Bernardo: *Oculi quippe loquentis fidem faciunt dictis.*

577. El SEMBLANTE es el espejo del alma. En él se reflejan las pasiones que la agitan: el amor, la dulzura, el te-

mor, la tristeza, la alegría y el gozo. Poco hay de deliberado en los movimientos de ojos y semblante. «Aquí influye más bien la naturaleza que la voluntad, dice el Sr. Martínez Sanz; aquí se verifica muy particularmente, que quien piensa y siente bien, acciona bien.»

578. LOS BRAZOS Y MANOS para el movimiento tienen el gesto más principal; por lo mismo piden toda nuestra atención. Santo Tomás enseña que el hombre por medio de la inteligencia y las manos, todo lo alcanza, porque éstas son el instrumento de aquélla. Para la acción oratoria siguen siendo su instrumento principal: piden, llaman, amenazan, suplican, niegan, en fin, tienen un lenguaje propio que entienden todos los hombres. El orador debe valerse oportunamente de este poderoso medio de expresión. «Cuando un sentimiento grave y profundo absorbe nuestro espíritu, dice el citado Sr. Martínez, el cuerpo participa de la inmovilidad del alma, y entonces toda la expresión está en la fisonomía del orador.»

579. Toda acción ha de partir ó arrancar del PECHO, que es el que le da energía; de lo contrario el movimiento, sobre todo de brazos, no tiene vigor, y las manos se mueven lánguidamente: *Pectus est quod dissertus facit.*

580. El PIÉ DERECHO ha de estar más adelantado que el izquierdo; esta postura facilita mucho la naturalidad de los movimientos del orador.

581. Se requiere SIMULTANEIDAD entre la acción y la prolocución de la palabra, pues si llega á anteponerse la una á la otra, sería cosa muy chocante. De ninguna manera conviene ejercitarse en accionar bien en el momento inmediato á la predicación, pues esto estorbaría. Debe hacerse con anticipación, y con esto se adquiere un hábito; como cuando se habla ó escribe, que no hay necesidad de pensar en cada letra que hemos de poner.

582. Aquí los autores de elocuencia descenden á tantas y tantas minuciosidades sobre el gesto, movimientos de manos, etc., que todo lo cual hace ver de cuánta importancia lo consideran; pero á nosotros nos ha parecido que bastaba recordar aquí la gran regla de la *naturalidad en el gesto*, corrigiendo únicamente sus defectos, y notando los princi-

pales que suelen desfigurar la acción, y que suelen cometerse por los oradores.

III.—DEFECTOS EN LA ACCIÓN.

583. 1.º Inclinarsen en el púlpito, balancearse ó encorvarse de tal manera como quien se pone á nadar sobre el auditorio.

2.º Estar la cabeza con afectación, ó erguida, ó torcida hipócritamente ó con negligencia.

3.º Dejar correr con vaguedad ó con altanería las miradas sobre el auditorio.

4.º Golpear furiosamente de piés y manos en el púlpito.

584. 5.º Dejar caer á cada palabra ó dicción las manos sobre el púlpito con ruido, como quien está amasando pan, lo que produce un efecto muy desagradable.

6.º Dar al movimiento de brazos tanta celeridad como quien esgrime una espada, ó juega al molinete.

7.º Cerrar los puños, presentarlos al auditorio, y otras acciones indecorosas.

8.º Accionar siempre con un solo brazo, y no acompañar de vez en cuando con el izquierdo para la grandeza y vida de la acción.

9.º Representar en el púlpito todo cuanto dice, como los juglares y comediantes, aún en las cosas más viles y bajas. Como si para representar un tañedor de vihuela, hiciera ademán con sus manos de herir sus cuerdas. Faltaría á la dignidad augusta de su misión.

585. 10. Hay que evitar toda ridiculez, y sobre todo notar bien los defectos propios, por medio de un censor imparcial, y observar las reglas admitidas en la buena sociedad.

586. Hay ciertos RASGOS EXTRAORDINARIOS, espontáneos, que son de un maravilloso efecto, cuyo uso determinará la prudencia del misionero experimentado, según las circunstancias, la necesidad, la inspiración; pero evitando siempre lo ridículo, que en parte menoscabaría el fruto de sus sudores y celo.

LECCIÓN XL.

Preparación para predicar.

587. Visto ya y considerado todo cuanto se requiere para *componer* y *recitar* bien los sermones, otra cosa ya no queda sino tratar el modo de prepararse para el acto de predicación, á fin de que Dios Nuestro Señor bendiga nuestros trabajos, y no nos increpe con estas duras palabras: *Quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum?* (Ps. XLIX).

588. La *preparación* es absolutamente necesaria para la predicación; sin ella sería una temeridad subir al púlpito á anunciar la palabra de Dios. El predicador sólo al considerar estas palabras del Apóstol: *Non nosmetipsos predicamus, sed Jesum Christum* (Cor. iv, 5), puede comprender cuánto debe esforzarse en anunciar dignamente á Nuestro Señor Jesucristo, Redentor de los hombres, en cuyo nombre habla como á legado suyo, y en prepararse debidamente, en cuanto está de su parte, para esta noble y divina misión, que causa envidia á los mismos Angeles del cielo. La *preparación* es *remota* y *próxima*: de ellas vamos á tratar.

PREPARACIÓN REMOTA.

589. La *preparación remota* consiste principalmente en una *vida santa* y *ejemplar*, pues no puede ponderarse debidamente cuánto influyen sobre los pueblos la virtud y santidad de vida del predicador, como ya lo dijo San Gregorio en sus *Morales*: «Aquél coge abundantes frutos de su predicación que la *prepara* con la simiente de buenas obras, porque la autoridad del que habla es inútil cuando la palabra no va acompañada de los hechos del que predica: *Nam loquen-*